



BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 8

CT 119 ECLESIOLOGÍA Y PNEUMATOLOGÍA

Patriarca Ecuménico Bartolomé I. “Eclesiología como ecología: perspectivas ortodoxas”. *Concilium*, n. 378 (2018): 13-24.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Patriarca ecuménico Bartolomé I *

ECLESIOLOGÍA COMO ECOLOGÍA

Durante las tres últimas décadas, el Patriarcado Ecuménico ha sido pionero en poner de relieve las dimensiones espiritual y ética del problema ecológico y en fomentar una consciencia ecológica. Este interés no se debe meramente a una reacción a la crisis ecológica contemporánea, sino que es principalmente una extensión de los valiosos principios y prácticas afines a la ecología en la vida de la Iglesia ortodoxa, especialmente su cosmovisión eucarística y su *ethos* ascético.

La Iglesia de Constantinopla es ampliamente conocida por sus iniciativas ecológicas. Fue la primera en resaltar las dimensiones espiritual y ética del problema ecológico, en acentuar la importancia de la contribución de la Iglesia a su tratamiento, en presentar las dimensiones ecológicas del *ethos* eucarístico y ascético de la Ortodoxia y en proponer formas de protección del medio ambiente.

Ya en 1989, mi predecesor Demetrio, en su encíclica con ocasión de la fiesta de la Indicción [1 de septiembre, inicio del nuevo año

* SU SANTIDAD EL PATRIARCA ECUMÉNICO BARTOLOMÉ I, arzobispo de Constantinopla-Nueva Roma (desde 1991), ocupa el primer trono de la Iglesia ortodoxa. Como Patriarca ecuménico se ha comprometido en el diálogo interreligioso e intercultural en todo el mundo, especialmente entre cristianos, judíos y musulmanes. Sus esfuerzos por promover la consciencia medioambiental en todo el planeta le han granjeado el título de «Patriarca verde». Estas iniciativas, unidas a su defensa de la libertad religiosa universal y de los derechos humanos, sitúan al Patriarca Bartolomé entre los líderes más preclaros para conseguir el respeto mutuo, la coexistencia pacífica y una cultura solidaria.

Dirección: His All-Holiness Bartholomew Archbishop of Constantinople-new Rome and Ecumenical Patriarch, Rum Patrikligi, 342 20, Fener-Haliç, Istanbul (Turquía). Correo electrónico: patriarchate.office@gmail.com

litúrgico en la Iglesia Ortodoxa griega], enfatizó la magnitud del problema ecológico de nuestra época, remitió a sus raíces antropológicas y promovió la verdad de una relación eucarística con la creación. «El abuso del hombre contemporáneo de su posición en la creación y del mandato del Creador de «dominar la tierra» (Gn 1,28) ha llevado ya al mundo al límite de su destrucción apocalíptica... La Iglesia, en cada celebración litúrgica, proclama que la humanidad está destinada no a ejercer el poder sobre la creación, como si fuera su propiedad, sino a actuar como su administradora, cultivándola con amor y remitiéndola agradecidamente con respeto y reverencia a su Creador».

Desde entonces, el primer día de septiembre fue declarado por el Patriarcado Ecuménico como «Día para la Protección del Medio Ambiente», cuando «se elevan oraciones y súplicas por toda la creación en el centro sagrado de la Ortodoxia», al mismo tiempo que «el mundo ortodoxo y cristiano en su totalidad, junto con la Santa Iglesia de Cristo», es llamado a «elevar cada año en este día oraciones y súplicas al Hacedor de todo, dándole gracias por el gran don de la creación y pidiéndole su protección y salvación».

Durante mi pontificado se han llevado a cabo una serie de iniciativas y acciones ecológicas, encuentros y conferencias internacionales, reuniones y seminarios sobre teología y medio ambiente y nueve simposios internacionales, interdisciplinarios e interreligiosos, en los que han participado políticos, líderes religiosos, teólogos, especialistas en medio ambiente como también otros académicos y científicos. También se han hecho dos importantes declaraciones sobre el medio ambiente: la «Declaración común sobre ética y medio ambiente» (Roma-Venecia, 10 de junio de 2002), que firmé con el papa Juan Pablo II, y el Mensaje Conjunto emitido con el papa Francisco el 1 de septiembre de 2017, con ocasión de la «Jornada Mundial de Oración por la Creación».

Las iniciativas medioambientales del Patriarcado Ecuménico han contribuido al diálogo entre las iglesias ortodoxas y entre las iglesias cristianas como también al diálogo interreligioso e interdisciplinar sobre la protección del medio ambiente. Además, no solo hemos llegado a los fieles ortodoxos, a los cristianos y a otros creyentes,

sino también a toda persona de buena voluntad, expresando al mismo tiempo nuestra convicción en la responsabilidad del individuo y nuestra confianza en la contribución positiva de todos. Creemos que la generación más joven —que concibe un mundo que funcione como una verdadera casa (*oikos*) para toda la humanidad y lucha por este objetivo— mantiene este mensaje en el centro de su corazón.

I. Los «pecados modernos» de la humanidad

El siglo xx ha sido el siglo más violento de la historia, no solo por la violencia desatada entre los seres humanos, sino también por la crueldad con que la humanidad ha tratado a la naturaleza, los animales y las plantas, la atmósfera, los acuíferos, los ríos, los lagos y los océanos. Es muy difícil refutar que esta destrucción del entorno natural está conectada con la relación de dominio de la naturaleza por la humanidad que surgió como una dimensión de la civilización moderna. El hombre moderno, autodefinido como el sujeto de la historia y el dueño absoluto de su destino, ha transformado la naturaleza en un objeto que puede ser manipulado y explotado a su voluntad y antojo, conduciendo así a una destrucción ecológica mundial. Es verdad que la ciencia y la tecnología, los dos grandes poderes de nuestra época, han logrado muchos beneficios para el mundo, pero, por otra parte, han impulsado una actitud de arrogancia contra la naturaleza. Pues no parece que el conocimiento científico pueda alcanzar la profundidad del alma y de la mente. El ser humano la conoce y, aun así, sigue actuando en contra de su conocimiento. El conocimiento no ha desembocado en un arrepentimiento, sino que, en su lugar, ha dado origen al cinismo y otras obsesiones. La humanidad está pagando actualmente un enorme precio por todo lo que el desarrollo científico y tecnológico ha ofrecido y sigue ofreciendo al mundo.

El modelo de referencia del desarrollo económico actual está estrechamente unido con los avances de la ciencia y la tecnología. La globalización contemporánea intensifica los problemas ecológicos y funciona en contra del verdadero beneficio de la humanidad. En nombre de la maximización de ganancias y de beneficios a corto

plazo, se destruyen las condiciones de vida en esta tierra, se toman decisiones económicas y se eligen estrategias de desarrollo sin tener en cuenta su impacto ecológico, mientras que la ecología es sacrificada en el altar de la economía.

El eudemonismo contemporáneo, individual y social, funciona a expensas de la integridad de la creación. La satisfacción de tantas necesidades como sea posible por parte de individuos y de masas exige e impone la explotación extrema de los recursos naturales y diversas formas de cargas ambientales. El ser humano se ha convertido en un ser de tener. La crisis ecológica de nuestro tiempo, que no tiene precedentes, es una dimensión de la dominación de una civilización del «tener», que constituye el núcleo de esta civilización centrada en la economía y en el placer. La dominación de esta mentalidad posesiva y la persecución de lo que solo es útil o beneficioso agudiza aún más el problema ecológico. El medio ambiente corre así más peligro que nunca en la historia de la humanidad.

Es cierto que la crisis ecológica es una dimensión de la crisis generalizada de la civilización contemporánea. Por tanto, la solución de la crisis ecológica puede buscarse recurriendo a la misma lógica que la desencadenó. La destrucción de la naturaleza comienza en la mente del ser humano y es ahí donde debería comenzar la terapia también. La crisis que afrontamos no es meramente ecológica. Como hemos repetido numerosas veces, es una crisis relacionada con el modo en el que nos concebimos y nos imaginamos el mundo. Antes de abordar eficazmente los problemas de nuestro entorno, debemos cambiar, por consiguiente, nuestra autocomprensión y visión del mundo. Se necesita toda una revolución copernicana en nuestra jerarquía de valores, es decir, un *ethos* radicalmente nuevo.

Al igual que en todos los desafíos contemporáneos, estamos convencidos de que no puede abordarse y resolverse el problema ecológico sin la implicación y la contribución de las religiones, las antiguas y poderosas fuerzas del espíritu, que se centran en alimentar y desarrollar el núcleo existencial del ser humano. Por esta razón pensamos que la promoción de la protección del entorno natural ocupa un lugar central en el diálogo de las religiones y en la colaboración interreligiosa.

Las religiones y las iglesias pueden hacer una contribución importante al desarrollo de un *ethos* ecológico. En este sentido, habiendo mencionado ya brevemente las iniciativas del Patriarcado Ecuménico derivadas de la convicción institucional de nuestra iglesia, presentamos los principios teológicos sobre cuyo fundamento establece y amplía sus actividades ecológicas la Iglesia de Constantinopla.

II. Hacia una ecología eclesial

El estudio de la tradición ortodoxa pone de manifiesto que se trata de una fuente inagotable de verdades vitales para las personas y el mundo. Evidentemente, en los textos de los Santos Padres no podemos encontrar soluciones y respuestas concretas y específicas para afrontar los problemas contemporáneos. Para descubrir y articular adecuadamente una propuesta teológica se requiere un estudio diligente, un trabajo teológico riguroso, un corazón dedicado y una mente abierta. Además, estamos obligados a afrontar los malentendidos y distorsiones de la doctrina ortodoxa, surgidos en su seno o fuera de él. La observación más interesante en este sentido es que las mismas actitudes que postulan que la Ortodoxia es una entidad cerrada o introvertida, etnocéntrica o fundamentalista, reticente a involucrarse en el diálogo con otros cristianos o con el mundo contemporáneo, son consideradas con disposición crítica desde fuera de la Ortodoxia, mientras que los grupos conservadores de la Ortodoxia las ven como una forma de elogio, como el genio propio de la Ortodoxia y el auténtico enfoque sobre la tradición de los Padres de la Iglesia.

Desde un punto de vista teológico ortodoxo, la crisis ecológica es una consecuencia del «pecado», la crisis más grave de la libertad humana, que desconecta a los seres humanos de Dios con consecuencias devastadoras para la autoconciencia humana como también para las relaciones interpersonales y nuestra relación con la creación. Cuando Dios dijo a Adán y a Eva «sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y dominadla» (Gn 1,28), no les estaba concediendo la autoridad de subyugar, explotar y destruir la naturaleza, sino que más bien acentuaba la responsabilidad humana por la

creación, como se expresa en el segundo capítulo del Génesis, donde Dios exhorta a Adán a «cultivar y cuidar» su casa (Gn 2,15). La interpretación de la cita bíblica «sed fecundos y multiplicaos» como posición de dominación primordial y fundacional de la humanidad sobre la creación, constituye una interpretación errónea intencionada del mandamiento divino y contradice totalmente el espíritu de la Escritura como también las tradiciones del cristianismo que tratan favorablemente el medio ambiente.

En este espíritu, el Sagrado y Gran Sínodo de la Iglesia ortodoxa subrayó en su encíclica (par. 14) que «las raíces de la crisis ecológica son espirituales y éticas» y que «la ruptura en la relación entre el hombre y la creación es una perversión del auténtico uso de la creación de Dios». La respuesta a la crisis ecológica, al menos «según los principios de la tradición cristiana», exige un cambio radical de comportamiento con respecto a la creación y el «ascetismo como antídoto contra el consumismo, la deificación de las necesidades y la codicia», y presupone «nuestra enorme responsabilidad para que las generaciones futuras hereden un entorno natural viable». Para desarrollar un enfoque ortodoxo sobre el problema ecológico, «centramos nuestra atención en las dimensiones sociales y las consecuencias trágicas de la destrucción del entorno natural».

La identidad eclesial y la teología de Iglesia ortodoxa constituyen claramente el fundamento de su solicitud constante por el entorno natural. Es decir, que el interés de la Ortodoxia por la protección de la creación no ha sido solo una reacción a la crisis ecológica contemporánea. Ha sido, sobre todo, una oportunidad para que la Iglesia expresara, realzara y promoviera sus principios y prácticas eco-amis-tosas, como también su gratitud (como eucaristía) y glorificación (como doxología) por la creación «muy buena» de Dios (Gn 1,31). El actual problema ecológico es la ocasión, pero no la causa de actitud ecológica de la Iglesia ortodoxa.

La enseñanza bíblica sobre la creación y la doctrina de la encarnación del Hijo y Logos de Dios —que el difunto padre Georges Florovsky llamaba el misterio eterno y la base de nuestra fe y esperanza— establecen la afirmación de la creación en la Ortodoxia. Al asumir la naturaleza humana, el Hijo y la Palabra del Padre, también

asumió la creación material en su totalidad. Mediante la encarnación es salvada la humanidad y toda la creación.

La propia vida de la Iglesia es respeto y cuidado de la creación de forma tangible, como también la fuente de sus acciones ecológicas. En este sentido, la protección del entorno natural es una extensión de todo cuanto se experimenta en la Iglesia. La vida eclesial es ecología aplicada. La Iglesia, como comunión divina y humana, es una victoria sobre los poderes de los que procede la destrucción del medio ambiente, como también sobre el pecado, la autojustificación y la autocentralidad. La Iglesia es un evento de comunión, amor y solidaridad. Los santos y los mártires de nuestra fe, la vida litúrgica de la Iglesia, su ascetismo y monaquismo, ministerio pastoral y vida de piedad, como también el deseo perpetuo de eternidad, constituyen un modo de vivir en el que el cosmos natural no puede ser considerado como un objeto de explotación o material útil para las necesidades humanas, sino que es percibido, en cambio, como acción y creación de la Trinidad viva.

III. Un *ethos* eucarístico y ascético

En esta perspectiva, nosotros acentuamos que la respuesta de la Iglesia al problema ecológico contemporáneo es el desarrollo de su identidad eucarística y su *ethos* ascético. En la antigua tradición de la Iglesia encontramos dos fuentes inagotables y modos probados de una relación correcta con la creación. Nos referimos a la eucaristía, que ordena un modo de vida eucarístico, y al ascetismo.

La eucaristía constituye el centro de la vida eclesial. La Iglesia se realiza y se revela plenamente en la eucaristía, extendiéndose en cada aspecto y dimensión de la vida para el creyente en el mundo. El término griego *eucharistia* significa «gracias» y se entiende como la esencia más profunda de la liturgia. La Liturgia Divina es llamada también «Sagrada Eucaristía» en la Iglesia ortodoxa. En su exhortación a un «espíritu y un *ethos* eucarístico», la Iglesia ortodoxa nos recuerda que el mundo creado no es posesión o propiedad nuestra, sino un don de Dios, el Creador. Por consiguiente, la respuesta apropiada al don recibido es aceptarlo y recibirlo con gratitud. La acción

de gracias subraya la visión sacramental del mundo que tiene la Ortodoxia. Desde el instante de la creación, este mundo fue ofrecido por Dios como un don para ser transformado y devuelto a él con gratitud. De hecho, la acción de gracias es una característica específica de los seres humanos, que son criaturas eucarísticas, capaces de gratitud y dotadas de la fuerza de bendecir a Dios por el don de la creación, como también para dar gracias y alabar a Dios por el mundo con amor y alegría.

En el sacramento eucarístico devolvemos a Dios lo que es suyo, a saber, el pan y el vino, junto con toda la comunidad y mediante ella, que se ofrece en humilde agradecimiento al Creador. Como respuesta, Dios transforma el pan y el vino, es decir, el mundo entero, en un misterio de encuentro y comunión. Así podemos abrazar a todas las personas y todas las cosas con amor y alegría. Todo en el mundo natural, grande o pequeño, tiene una importancia única para la vida del mundo. Creación y humanidad se corresponden plenamente y cooperan entre sí. Todo llega a adquirir una forma de intercambio, según la visión y la finalidad original, es decir, según la intención de Dios.

En la tradición litúrgica y la vida sacramental de la Iglesia coexiste la expresión de una visión eucarística de la creación y la relación del creyente con ella. De nuevo, este principio es resaltado por el Sínodo y Gran Sínodo de la Iglesia ortodoxa:

En los sacramentos de la Iglesia se afirma la creación y el hombre es alentado a actuar como administrador, protector y «sacerdote» de la creación, ofreciéndola mediante la doxología al Creador —«Te ofrecemos a ti en todo y para todos lo que es exclusivamente tuyo»— y cultivando una relación eucarística con la creación (par. 14).

Debería notarse, no obstante, que un espíritu gozoso es incompatible con toda forma de introversión e indiferencia hacia la creación o con la devaluación del mundo material.

El *ethos* ascético constituye un valioso aspecto de la tradición ortodoxa, que es especialmente relevante para el tema de la protección de la creación. Ascesis es otra forma de referirse a la plena participación del creyente en la vida de la Iglesia y a la experiencia comuni-

taria de su esencia eucarística. En este sentido, la ascesis no es un privilegio o un deber exclusivo de los monjes, sino que es una disciplina espiritual común a todos los fieles y es nutrida por la experiencia eucarística. En efecto, la ascesis es un suceso eclesial, no una empresa individualista. En la vida ascética, la autocentralidad y la autoafirmación constituyen una transgresión espiritual y un pecado.

El núcleo del espíritu ascético es el sacrificio, que pensamos que es una dimensión ausente en nuestro *ethos* medioambiental y en la acción ecológica. Los cristianos deben practicar la abstinencia, la moderación y la limitación voluntaria en su consumo de alimentos y recursos naturales. Tenemos que hacer una distinción fundamental entre lo que necesitamos y lo que queremos. El ayuno y otras prácticas ascéticas similares nos permiten comprender que todas las cosas que damos por supuestas nos son proporcionadas por Dios para satisfacer nuestras necesidades y para ser compartidas equitativamente entre todas las personas. No son nuestras, por lo que no podemos abusar de ellas y despilfarrarlas.

Después de todo, al igual que la verdadera naturaleza de Dios es el «amor» (1 Jn 4,8), también la humanidad está innatamente dotada con la tarea de amor. El ascetismo en la Iglesia ortodoxa tiene siempre una dimensión eucarística —se trata de compartir y de comunión—, no es una tarea individualista. El ascetismo cristiano no significa el rechazo del mundo o de la vida en el mundo, sino la afirmación y el uso eucarístico de ellos de una manera grata a Dios. El *ethos* eucarístico y ascético no es solo un desafío para nuestra época arrogante y racionalista, egoísta y autogratificante, sino que proporciona realmente un modelo alternativo de relación con la creación y del consumo de bienes, como también con nuestros semejantes.

Conclusión

Una de mis preocupaciones más vehementes durante mi ministerio como patriarca ha sido la protección del medio ambiente, suscitando la consciencia ecológica y sensibilizando a las personas sobre las consecuencias de una destrucción irreversible de la naturaleza.

Nuestro profundo compromiso con el cuidado de la creación surge de la misma esencia de nuestra fe. Nuestra eclesiología, nuestra fe y nuestra liturgia fortalecen este compromiso con la protección de la creación, promoviendo el *ethos* eucarístico y el uso del mundo como también el espíritu ascético en solidaridad con la creación y nuestros semejantes. Puede decirse que la ecología de la Iglesia ortodoxa está condensada en la visión eucarística del mundo, como también en su espíritu ascético.

Estamos convencidos de que la perspectiva teológica no solo ayuda a descubrir las dimensiones ocultas de la crisis ecológica, sino que también revela las posibilidades de afrontarla y superarla. Lo que nos exige es superar el modo en el que miramos a la creación en el pasado, es decir, la actitud de dominación y abuso del mundo natural. La solución del problema ecológico es fundamentalmente una cuestión de reconocimiento de este pasado y de adoptar un nuevo *ethos*.

El modo de crear una cultura ecológica tiene que ser ecológico. No hay futuro posible a expensas de la naturaleza. Es evidente que el medio ambiente no puede regenerarse continuamente a sí mismo o soportar la objetivación y la explotación extremas por parte de la humanidad. El problema ecológico ha dejado muy claro que nuestro mundo es una unidad integral, que nuestros problemas son comunes y universales, y que no existe iniciativa o institución, ni personas ni nación, ni ciencia ni técnica, que estén en condiciones de afrontar el problema sin cooperación y colaboración. Por esta misma razón se requieren la movilización múltiple, el esfuerzo conjunto, la convergencia y un camino común.

Para terminar, enfatizamos una vez más la unidad de la protección del medio ambiente y del respeto a la dignidad humana. Los problemas ecológicos y sociales están interconectados y deben tratarse conjuntamente. Preservar la naturaleza y servir a nuestros semejantes —justicia medioambiental y justicia social— son inseparables. Además, nuestro compromiso solidario con la creación y los seres humanos tiene en su fundamento los mismos principios eclesiales y teológicos. Esta doble solidaridad es el «nuevo» *ethos* que se opone a nuestros «pecados modernos». Por esta razón, en nuestro discurso

al IX Simposio Ecológico del Patriarcado Ecuménico, titulado *Hacia una Ática más verde* y subtitulado *Preservación del planeta y protección de su gente* (Atenas, 5-8 de junio de 2018), declaramos que:

La identidad de una verdadera sociedad y la medida de una verdadera cultura no deben juzgarse por el grado de desarrollo tecnológico, el crecimiento económico o las infraestructuras públicas. Nuestra vida civil y nuestra civilización deben definirse y juzgarse principalmente por el respeto a la dignidad de la humanidad y la integridad de la naturaleza.

(Traducido del inglés por José Pérez Escobar)